

Blog Bibliotecario

Compilación de entradas #26

Edgardo Civallero

Lenga d'òc

Los siguientes párrafos han sido traducidos del libro "L'occitan sans peine", uno de los volúmenes del método de aprendizaje de idiomas Assimil perteneciente a la serie francesa de "lenguas regionales" (en la que también se incluyen el corso y el bretón). El libro fue escrito por Alain Nouvel (director de investigaciones en la Universidad de Constantine, secretario adjunto de defensa y promoción de las lenguas de Francia) y publicado por Assimil en 1975 en Chennevières sur Marne, Francia.

El extracto es parte del prefacio de la obra, escrito por Charles Camproux, a la sazón profesor en la Universidad de Montpellier, director de la *Revue des Langues Romanes* y vicepresidente del *Institut d'Etudes Occitanes*. El texto muestra rasgos de un discurso demasiado extendido entre aquellos que buscan rescatar lenguas "minoritarias" y en peligro de desaparición y que, para apoyarlas, utilizan argumentos discutibles.

¿Qué es el occitano?

Es la lengua hablada por cerca de 15 millones de franceses en 34 departamentos situados al sur del Loira: Pirineos Atlánticos (salvo el País Vasco), Altos Pirineos, Gers, Landes, Gironda y Lot y Garona; Tarn y Garona, Alto Garona, Ariège; una parte de los Pirineos Orientales; Aude, Hérault, Tarn, Aveyron, Lot; Dordoña, Corrèze, Alto Vienne; una parte de Charente, más de la mitad de Creuse, Puy-de-Dôme, una parte de Allier (alrededor de Gannat); el sudoeste de Loira, Lozère, Gard, Ardecha; el sudeste de Isère; Drôme (excepto el norte); los Altos Alpes, los Bajos Alpes, Vaucluse, Bocas del Ródano, Var, los Alpes Marítimos; el Valle de Arán y los altos valles alpinos de Italia.

Cuantitativamente, se trata pues de una de las grandes lenguas del mundo; incluso puede hablarse de la mayor lengua no oficial de Europa.

Cualitativamente, es muy interesante por dos razones:

(a) Fue la lengua cultural de Europa durante dos siglos, en la época de los trovadores. Los literatos de entonces hablaban occitano en España, en Italia, en Inglaterra (Ricardo Corazón de León escribió poemas en *langue d'oc*), y hasta en Europa central. Asimismo, en el siglo XIV fue, junto al latín, la lengua del Papado, con sede entonces en Aviñón.

(b) Desde un punto de vista puramente lingüístico, provoca la admiración de los lingüistas del mundo entero a causa de su riqueza y de sus orígenes.

Su riqueza es excepcional: actualmente cuenta con unas 160.000 palabras, aunque aún no se han relevado todos sus vocablos. Comparativamente, el diccionario de la lengua francesa de Littré cuenta con unos 38.000 términos. Por el número de palabras, el occitano puede considerarse la primera lengua del mundo. ¡Y pensar que algunos ignorantes afirman que "no se puede decir todo en occitano" porque "la *langue d'oc* es demasiado pobre"! De hecho, mediante un sistema de sufijos, permite matizar sus expresiones con mucha más precisión que las otras lenguas. Cada palabra puede ir cargada de afecto, de desdén, etc. Cualquier occitano os dirá que "se dicen mejor las cosas en *patois* que en francés", el cual es una lengua bella, pero menos matizada y menos rica.

En fin, por sus múltiples orígenes, presenta un interés excepcional.

En efecto, a pesar de que el occitano sea una lengua considerada como de origen latino, es mucho más que eso. Ha conservado restos considerables de lenguas habladas en nuestra tierra en épocas pre-latinas.

Hacia el siglo V, los galos formaron la última ola céltica, que penetró al sur del Loira. El occitano conserva trazas del celta en su vocabulario: términos como *bana*, "cuerno", *bragas*, "pantalones", *camín*, "camino", *comba*, "depresión", *alausa*, "alondra", etc. se remontan a aquella época.

Pero contrariamente a lo que nos han enseñado, los galos no son nuestros ancestros. No fueron más que un pueblo invasor llegado para injertarse, en números relativamente reducidos, sobre un sustrato de poblaciones pre-galas y pre-célticas, también llamadas pre-indoeuropeas.

[...]

Lamentamos constatar que aún nos encontramos sometidos a una mezcla de intolerancia, ignorancia y necedad. Como cuando en toda la Occitania (y en Bretaña, y en el País Vasco, etc.) circulaba la famosa *señal*, un pedazo de hierro o de madera que los alumnos se pasaban el uno al otro cada vez que pronunciaban una palabra en *patois*; el último en tenerlo en su poder era severamente castigado. ¿Dónde estaba la "dulce Francia" para esos occitanos violentados, oprimidos, ridiculizados?

Mientras el occitano era perseguido en el Mediodía francés, era enseñado en el mundo entero, en Alemania, en Italia, etc. e incluso en Japón (paradoja que aún continúa).

Antes de emprender el estudio del occitano, es pues necesario deshacerse de esos prejuicios inculcados desde la escuela primaria. Desterrad de una vez por todas la palabra *patois*: es un término derogatorio creado por los enemigos de las lenguas "regionales" que ignoran hasta los rudimentos más básicos de la lingüística.

La presión sufrida por las lenguas "minoritarias" o "regionales" (tildadas de "dialectos", "jergas", "patois" y muchas otras formas de desprecio y ninguneo) es innegable, tanto en Europa como en el resto del mundo. Y es absolutamente condenable. Lo mismo que el trato que han recibido y aún reciben sus hablantes, cultores y estudiosos.

Sin embargo, no dejo de preguntarme hasta qué punto hace falta buscar "razones" para indicar la importancia de una lengua: eso es entrar en la lógica y en el discurso del opresor, es prestarse a sus enfermizas reglas de juego, es permitirle seguir presionando y dominando la escena. Una lengua es importante por el mero y simple hecho de ser una lengua: el medio de expresión de un grupo de personas.

Por ende, para señalar la necesidad de su conservación y práctica, ni su historia (¿qué ocurre con las lenguas cuya historia no se remonte a los trovadores o los reyes del Medievo? ¿Acaso merecen el olvido?), ni su número de hablantes (¿qué ocurre con esas que aún sobreviven en la boca de un puñado de ancianos?), ni la extensión o la riqueza de su vocabulario (¿qué hacemos con aquellas de las cuales solo se conserva un volumen reducido de su léxico original?), ni las personalidades que la han usado o el volumen de su producción editorial (en ambos casos, las lenguas indígenas sudamericanas merecerían el exterminio...), deberían esgrimirse como arma.

Tampoco debería entrarse en comparaciones odiosas –es necesario preservar esta lengua porque es más dulce, más bella, más importante o mejor que...– porque los criterios para semejantes acciones siempre son subjetivos y suelen funcionar como una navaja de doble filo, volviéndose en contra del emisor de tales opiniones, especialmente si la comparación se realiza con una lengua mayoritaria.

Por último, echar la culpa de la exclusión, el escarnio o la desaparición de un idioma a otro –concretamente, a uno mayoritario– es un craso error. Una lengua mayoritaria es tan importante y tan valiosa como una minoritaria: es el medio de expresión de un grupo de personas, el sostén de las memorias de sus antepasados, el hilo con el que tejen sus

recuerdos y sus emociones... Esas lenguas –de mayorías, oficiales o "de prestigio"– no nacieron como tales: fueron elevadas a ese rango. Fueron convertidas en un mazo y en un cuchillo, para demoler idiomas ajenos, para asesinar los recuerdos y las memorias de otros. La culpa, pues, no la tiene la lengua: la culpa la tiene la mano que la enarbola como un arma y empuja a los demás a sentirla como tal.

Sobre el occitano o *lenga d'òc*, cabe añadir que es una lengua romance, hablada en el sur de Francia, algunos valles de Italia, Mónaco y el Val d'Aran, en España. Algunos investigadores ponen en duda la unidad del idioma, y creen que se trata de una macrolengua o una familia de lenguas. Su nombre deriva de la palabra "sí" ("òc") y marca la diferencia con las lenguas de "oïl" del norte de Francia (entre las cuales se encuentra el antecesor del actual francés oficial). No hay una forma de escritura común para todas las variantes (auvernés, limosín, provenzal alpino, gascón, languedociano y provenzal), las cuales tienen diferencias tanto de pronunciación como de vocabulario.

Lamentablemente, de acuerdo al Libro Rojo de la UNESCO todas las variantes del occitano se encuentran en severo peligro de extinción. Triste destino para la lengua de los trovadores. Y para cualquier otra.

Un fragmento de historia malgache

En *Africa: Desde la prehistoria hasta los estados actuales* (4.ed. México: Siglo XXI, 1978 [Historia Universal Siglo XXI, 23], pp. 321-323), Pierre Bertaux dedica un capítulo entero –el último– a la poco divulgada historia de la isla de Madagascar. El francés se detiene unos cuantos párrafos en el célebre reino de Imerina, en el territorio del pueblo Merina, uno de los más importantes grupos étnicos malgaches.

Sobre tal reino y sobre uno de sus regentes más influyentes apunta Bertaux lo siguiente:

"Imerina creció constantemente bajo los sucesivos soberanos; sin embargo, apenas se extiende sobre unos 60 kilómetros a lo largo y otros tantos a lo ancho. No obstante, en el siglo XVIII se divide en cuatro reinos distintos, bien pronto reducidos a tres. La anarquía lo amenaza.

Hacia 1787, un joven príncipe llamado Ramboasalama ('el perro con buena facha') fue aclamado como rey de uno de los cuatro reinos, el de Ambohimanga. Tomó el nombre de Andrianampoinimerina, o más brevemente, Nampoina el Deseado. Primero concluye tratados y alianzas matrimoniales, con los otros reinos merinas, lo que le asegura siete años de paz, durante los cuales reorganiza su Estado. Da a sus parientes el mando de las aldeas fortificadas que protegen sus fronteras; compra fusiles, reúne tropas. Cuando los otros príncipes se inquietan es demasiado tarde. Nampoina se apodera de Tananarive hacia 1796, después de duros combates y de reveses que logra superar. Reconstituye la unidad del reino merina.

Pero no se detiene ahí. Se anexiona los pequeños reinos vecinos. Los reyes betsileos se ven obligados a sometérsele, ya por diplomacia, ya por la fuerza.

Después dirigió sus miradas hacia los soberanos sakalavas de la costa Oeste, el rey de Menabne y la reina de Boina. Sus negociaciones e intercambio de regalos no produjeron al principio ningún resultado decisivo. Sin embargo, supo extender poco a poco su fama por toda la isla.

Su mérito particular es haber comprendido que no bastaba apoyarse sobre una casta, aunque ésta fuera dominante. Nampoina asocia a su autoridad, bajo diferentes formas, a personajes salidos de todas las clases y castas. La clase dirigente no es ya la de los aristócratas, sino la de los administradores: gobernadores, consejeros, escogidos entre todas las castas y todas las tribus, en función no de su origen, sino de sus cualidades y de su fidelidad. Imerina es dividido en seis territorios administrados directamente. Más allá de Imerina, los soberanos vasallos conservan su autonomía, pero pagan tributo. En las regiones mal sometidas o desiertas, instala Nampoina colonos de Merina. El pueblo es consultado periódicamente: el rey celebra una gran asamblea, un 'kabaty', donde explica sus intenciones con una elocuencia poética y, por supuesto, las hace aprobar por vía de aclamación.

Nampoina prohíbe el alcohol y el tabaco. Prohíbe quemar el bosque. Cuida de que todo el mundo tenga trabajo y de que nadie tenga hambre. Declara la guerra al hambre, pero también a la pereza. Cuando alguien viene a pedirle auxilio, exclama ¡que se le dé un azadón! Utiliza el trabajo forzado para rehacer los diques y canales. Dicta un Código Penal que reprime la rebelión contra el soberano, el crimen, el robo y la magia maléfica. Instituye pesos y medidas, reglamenta los mercados, organiza la economía interior de Imerina en circuitos cerrados, salvo para la importación de fusiles y pólvora y la exportación de esclavos, sobre todo hacia las islas Maskareignes, que en cierto momento llegó a absorber 1300 por año.

En 1810 Nampoina, con más de sesenta años de edad, cae enfermo. Entre sus 24 hijos, designó como sucesor único a Radama, que a la sazón tenía quince años. Le recomendó a sus consejeros, legándoles por testamento político la fórmula: 'El mar es el límite de

mis campos de arroz', es decir, el principio de la unidad política de la isla. Murió dejando el recuerdo de haber sido el más grande soberano y hombre político de Madagascar".

Hasta aquí Bordeaux, un germanista francés con escasa experiencia en África que, paradójicamente, escribió (o, mejor dicho, compiló) uno de los libros más influyentes sobre historia africana en la Europa de posguerra. Uno que formó parte de una colección de 36 volúmenes publicada entre 1965 y 1981 en alemán por la Fischer-Bücherei y traducida, con mayor o menor fortuna y calidad, a numerosos idiomas.

La historia del mal llamado "continente negro" fue y continúa siendo, a día de hoy, una gran desconocida para los académicos occidentales. La de la isla de Madagascar –un territorio de por sí rodeado de un denso halo de misterio y exotismo– no es la excepción.

Medio siglo después de su publicación original (1966), algunos de los datos provistos por Bordeaux en su texto sobre Madagascar han sido corregidos por nuevas fuentes, en especial por los textos producidos por los propios historiadores malgaches. Merece la pena revisarlos, especialmente porque permiten vislumbrar unas sociedades, unos personajes, unos acontecimientos y unas costumbres muy poco conocidas fuera de Madagascar y de los ámbitos académicos especializados.

Andrianampoinimerina nació en 1745 en Ikaloy, en la meseta central de Madagascar. Era hijo de la princesa Ranaivalonandriambelomasina, y nieto del rey Andriambelomasina, señor de Imerina. Siguiendo la costumbre del pueblo Merina, al que pertenecía, sus padres le dieron al nacer un nombre humilde, Ra-ambo-asalama, "el perro saludable", para evitar llamar la atención de los rivales o los malos espíritus (al llegar a la edad adulta lo cambiaría a Ramboasalarazaka). Nacido bajo signos propicios, creció en la corte, y pronto destacó como un eximio jugador de *fanorona*, un juego de tablero indígena malgache que, según se creía, aumentaba la inteligencia y mejoraba el pensamiento estratégico. También aprendió *kabary* –una estilizada forma

de discurso en público, y no una asamblea—, el uso de proverbios *ohabolana*, y la interpretación de la tradicional cítara *valiha*.

Llegó al mundo en un momento en el que el hambre y los conflictos assolaban Imerina, ubicado en las tierras altas malgaches: uno de sus reyes de antaño había dividido el reino entre sus cuatro hijos, desatando una guerra civil que duró casi 80 años.

Durante su juventud, Ramboasalamarazaka desdeñó su posición como noble y se dedicó al comercio. Durante ese periodo se ganó una merecida fama como protector de los plebeyos (*hova*), defendiéndolos de los ataques de los guerreros y traficantes de esclavos de los vecinos reinos Sakalava, ubicados en la costa oeste de la isla. Se convirtió en un verdadero *self-made man*, con fuerte temperamento, tenacidad, sentido de la justicia e independencia.

Tras varios conflictos con su tío Andrinajafy, que estaba en el trono de uno de los cuatro reinos Merina (Imerina Avarandrano o "Imerina del norte", cuya capital era Ambohimanga), y no pocos intentos de asesinato, Ramboasalamarazaka asumió el reinado a los 42 años, prácticamente por la fuerza, con el nombre de Andrianampoinimerina. En la década de 1790 reunificó el antiguo reino de Imerina, ocupando las 12 "colinas sagradas" de su pueblo y conquistando su antigua capital, Antananarivo (Tananarive, en francés) en 1793. Su objetivo de reunificación estaba completo en 1797. Para 1800 había expandido su territorio significativamente, logrando alianzas con pueblos vecinos mediante tratados o casamientos; se dice que tuvo 12 esposas, y que construyó a cada una de ellas una casa en cada una de las colinas sagradas. Desde 1800 en adelante intentó poner a los 18 grupos étnicos de Madagascar bajo su control, enviando embajadores que proponían la sumisión o una invasión militar. La expansión Merina fue resistida por los reinos Sakalava, que se mantuvieron como los principales enemigos de Imerina: a lo largo del reinado de Andrianampoinimerina tuvieron lugar numerosas expediciones de esclavistas Sakalava que tomaban prisioneros

a los Merina y los vendían en los mercados de la costa oeste a traficantes europeos. Ninguna de las campañas para neutralizarlos sirvió de nada.

Entre los muchos legados de Andrianampoinimerina se encuentran el desarrollo y la organización de Antananarivo y su complejo real, el Rova. La ciudad se dividió en barrios según las distintas clases y los distintos clanes. El rey incorporó a sus políticas de gobierno tanto lo sobrenatural –los ídolos de todos los grupos étnicos y sociales– como los conocimientos más realistas, y combinó las prácticas tradicionales con numerosas innovaciones. A la hora de gestionar un complicado escenario étnico, cultural y social, siempre buscó el equilibrio: repartir poder, igualar las oportunidades, reconocer a todos los actores... Mantuvo y acrecentó la antigua tradición Merina del *fanompoana* (trabajo como pago de impuestos), trabajo que utilizó para numerosas obras públicas: ampliar los sistemas de irrigación, por ejemplo. Utilizaba bandas de músicos *hiragasy* para entretener a las cuadrillas de trabajadores, y luego las enviaba por las villas del interior del país, para contar noticias, anunciar nuevas leyes y mantener a todo el mundo informado. Estableció un código civil y uno penal formales (los primeros de Madagascar) y prohibió el consumo de estupefacientes (drogas, alcohol y tabaco), aunque mantuvo algunas viejas costumbres, como la *tangena* (juicio en el cual sobrevivir a la ingesta de veneno probaba la inocencia del acusado). Reguló la economía instaurando mercados oficiales (*tsena*), pesos estandarizados (*fandanjana*) y otras unidades de medida. Finalmente, creó un ejército (*foloalindahy*, "los 100.000 hombres") que le sirvió para sus campañas, necesarias para expandir tierras y para conseguir esclavos, lucrativo negocio mantenido como monopolio por la casa real.

Andrianampoinimerina murió en Antananarivo en julio de 1810, a los 65 años. Tenía 11 hijos y 13 hijas. Radama, de 18 años, sucedió a su padre, y se casó con la hija de un hombre que, enterado de un complot contra Andrianampoinimerina, le avisó a tiempo y ayudó a salvar su vida. A la muerte de Radama, su mujer gobernaría Imerina durante 33 años con el nombre de Ranaivalona I.

Los restos de Andrianampoinimerina fueron enterrados, siguiendo la tradición *vazimba*, dentro de una canoa, en una de las tumbas reales *tranomasina* de Ambohimanga, la capital espiritual de los Merina. Cuando los franceses impusieron su presencia colonial en la isla en 1895, destruyeron la tumba del famoso monarca y colocaron sus restos en la tumba de su hijo en Antananarivo. Intentaban eliminar el pasado malgache, especialmente para destrozarse el espíritu de resistencia de los participantes en la rebelión *Menalamba*, que pretendían echar a los ocupantes de su tierra.

En su lecho de muerte, Andrianampoinimerina le dijo a Radama: "El mar es el límite de mi campo de arroz" (*atao ko ny ranomasina no valamapria ko*). Se trataba de una afirmación tradicional de los reyes de Imerina, que soñaban con ocupar todo Madagascar. Radama juró a su progenitor que lograría cumplir tal ambición. Pero ni él ni ninguno de sus sucesores lograron alcanzar semejante objetivo.

Los misterios del Coclé

El área cultural Coclé (o "Gran Coclé", en algunas fuentes) se ubicó en el actual territorio panameño, precisamente en la provincia de Coclé, de la cual toma el nombre. Consistió en una serie de sociedades que se desarrollaron en esa zona en distintos periodos (La Mula, Tonosí, Cubitá...) entre los años 150 a.C. y 1500 d.C. Los arqueólogos han creado dichos periodos —muy generales— a partir de los restos cerámicos, pero no tienen mayores datos sobre estas culturas. Aún hoy, siguen siendo un misterio.

Los habitantes del Coclé eran sobre todo agricultores, dado que vivían en valles cálidos y húmedos, aptos para distintos cultivos. La abundante fauna de los bosques circundantes (venados, jaguares, pecaríes, coatíes, armadillos...) complementaba su dieta.

Manténían contactos con las regiones aledañas para obtener algunas materias primas; en Colombia, por ejemplo, conseguían esmeraldas y cobre. Uno de sus bienes más preciados, el oro, era un producto local: algunos ríos de la zona llevaban arenas auríferas o pepitas de gran tamaño, y en las cercanas montañas se podían alcanzar vetas superficiales. El oro era aleado con el cobre colombiano para preparar tumbaga, material más resistente que sus componentes, con el cual en el Coclé se realizaban extraordinarios trabajos de orfebrería: desde pectorales y cascos hechos con láminas martilladas en frío, hasta figuras tridimensionales fundidas con la técnica de la cera perdida.

También trabajaban el hueso —de venado o manatí— o la madera, ambos forrados en oro en ocasiones, para hacer figurillas o flautas. Elaboraban enormes metates tallados en piedra, con cuatro patas, y joyas de ágata y serpentina. Sin embargo, el material más característico de las culturas del Coclé en el registro arqueológico es la cerámica policroma. Una cerámica en cuya paleta figuran tonos blancos, negros, marrones, rojos

y púrpuras, con dibujos estilizados y zoomorfos entre los que se distinguen tortugas, pájaros, serpientes...

No se han hallado restos de construcciones, a pesar de que las crónicas españolas describan templos y centros ceremoniales. Los dos sitios arqueológicos más conocidos de Coclé son Conte y El Caño, necrópolis excavadas durante la primera mitad del siglo pasado. De acuerdo al tamaño de algunas de las tumbas allí halladas y a sus ajuares funerarios, se cree que las sociedades de esta área cultural habrían estado organizadas como cacicazgos hereditarios.

La influencia de esta cultura se hizo sentir hasta Chichén Itzá (Yucatán) por el norte, y hasta algunos rincones de Colombia y Ecuador por el sur. Entre 1515 y 1520 los conquistadores europeos, ávidos de oro, desarticularon buena parte de las sociedades nativas de Panamá, incluyendo las de Coclé, sumiéndolas en el silencio y el olvido.

Quedaron, como recuerdo y testimonio, las obras de los artesanos de esta región de la América precolombina. Una región que seguirá, de momento, siendo todo un misterio.

Date Maru

Japón, inicios del siglo XVII.

El shogunato o *bakufu* Tokugawa (el último gobierno militar feudal en el archipiélago, 1603-1868) estableció un sistema de comercio exterior basado en barcos que navegaban con licencia expresa del shogun.

Entre 1600 y 1635 hubo unas 350 de esas embarcaciones, llamadas *shuin-sen* o "barcos de sello rojo" por el llamativo color del permiso que ostentaban. Armados hasta los palos, navegaban por las costas del este y el sudeste de Asia buscando puertos nuevos en los que echar el ancla y oportunidades de negocio.

Algunos de aquellos barcos (concretamente, los construidos en el puerto de Nagasaki) incorporaron elementos estructurales pertenecientes a los galeones europeos, que desde hacía algún tiempo (1543) llegaban a los embarcaderos nipones. Así, copiaron la silueta de las velas y su manejo, el timón y su sistema de control, la disposición de los cañones...

Poco tardaron los constructores del shogunato en crear sus propios galeones, esos navíos que los japoneses llamaron *nanban-sen* o "barcos de los bárbaros del Sur".

Un ejemplo fue el *Date Maru*.

El galeón *San Juan Bautista*, originalmente bautizado como *Date Maru* (siendo *maru* un sufijo agregado a todos los nombres de navíos, y *Date* el apellido del propietario), fue uno de los primeros barcos de estilo totalmente occidental construidos en Japón.

Fue ensamblado en 1613 en el puerto de Tsuki no Ura (Ishinomaki, actual prefectura de Miyagi) por orden de Date Masamune, el *daimyō* (señor feudal) de Sendai, en la región de Tohoku (mitad septentrional de la isla de Honshu).

El proyecto contaba con el beneplácito del *bakufu*. El shogun, Tokugawa Ieyasu, veía con buenos ojos la propuesta; no en vano él mismo ya había sido dueño de dos barcos similares, aunque de menor tamaño, construidos hacia 1607 bajo la dirección del piloto inglés William Adams. O *Miura Anjin*: el primer británico en llegar a Japón, en 1600.

[Uno de esos barcos, el *San Buena Ventura*, había sido prestado en 1610 (junto a 4000 ducados para los gastos de viaje) a unos náufragos españoles —que originalmente se dirigían a Manila en el siniestrado galeón *San Francisco*— para que volvieran al virreinato de Nueva España, actual México. Entre tales náufragos iba el gobernador de Filipinas, Rodrigo de Vivero y Aberrucia. En el *San Buena Ventura* viajaron también 22 japoneses dirigidos por el técnico y comerciante en metales Tanaka Shōsuke, que resultaron ser los primeros de su pueblo en pisar el "Nuevo Mundo". Luis de Velasco, a la sazón virrey de Nueva España, los recibió oficialmente y expresó su gratitud por los cuidados que recibieron sus conciudadanos, pero se incautó del barco. Envió, por su parte, una embajada a Japón en la persona del explorador Sebastián Vizcaíno, que partió el 11 de marzo de 1611 con objeto de devolver los 4000 ducados prestados, llevar a los 22 japoneses de vuelta a casa, presentarse ante el shogun, y explorar las costas asiáticas en busca de metales preciosos. Por irónico que suene, el barco en el que viajaban... naufragó].

La construcción del *Date Maru* tomó un mes y medio, y en ella participaron técnicos del *bakufu*, 800 carpinteros de ribera, 700 herreros y 3000 carpinteros. También colaboraron dos españoles: el misionero franciscano Luis Sotelo y el propio Sebastián Vizcaíno, que había fracasado tanto en su tarea de embajador (al ignorar olímpicamente la estricta etiqueta de la corte del shogun) como en su búsqueda de islas míticas llenas de oro y plata.

El barco zarpó el 28 de octubre de 1613 en dirección a Acapulco con una embajada, liderada por Hasekura Tsunenaga, que iba a Roma a intentar entrevistarse con el Papa Paulo V. La tripulación, de unas 180 personas, incluía 10 samurais del shogun (a las órdenes del Ministro de la Armada, Mukai Shooken), 12 samurais de Sendai, 120 comerciantes japoneses, marineros, sirvientes, y unos 40 españoles y portugueses. El *Date Maru* arribó a destino el 25 de enero de 1614; el historiador azteca Chimalpahin dejó constancia del hecho en sus *Relaciones*, agregando que, a su llegada, Vizcaíno fue malamente herido en una pelea con los japoneses.

La embajada de Hasekura Tsunenaga siguió viaje hacia Europa (en donde logró su cometido).

Después de pasar un año en el puerto de Acapulco, el *Date Maru* regresó a Japón el 25 de abril de 1615. Al parecer transportaba medio centenar de especialistas en minería y metalurgia de la Nueva España, invitados para apoyar el desarrollo de tales actividades en Sendai. A ellos se unieron algunos misioneros franciscanos dirigidos por el padre Diego de Santa Catalina. El barco llegó al puerto de Uraga, cerca de Tokio, el 15 de agosto.

A pedido de fray Luis Sotelo, el *Date Maru* volvió a cruzar el Pacífico un año más tarde, en septiembre de 1616, pilotado por Yokozawa Shōgen. El viaje estuvo plagado de problemas, que costaron la vida de un centenar de marineros. A pesar de todo, el galeón atracó en Acapulco en mayo de 1617. Sotelo y Hasekura Tsunenaga, recién llegado de su embajada en Roma y de un largo periplo europeo, se reunieron en México y volvieron juntos a Asia. En abril de 1618 el barco llegó a las Filipinas, donde fue vendido a los españoles para que pudieran reforzar su flota frente a la amenaza holandesa e inglesa. A partir de ese punto, su historia se desvanece.

Hasekura volvió a su país en agosto de 1620, para encontrarlo en pleno proceso de cierre al mundo exterior (*sakoku*), con el cristianismo prohibido y perseguido y los tratos y

contactos que él había conseguido, inservibles. Se sabe poco de su destino final; toda su familia fue ejecutada por ser cristianos. Lo mismo ocurrió con Luis Sotelo, quemado vivo en 1624. Sebastián Vizcaíno se vio envuelto en un par de aventuras menores, fue nombrado alcalde de Acapulco, y terminó muriendo en la ciudad de México en 1627. Por su parte, Date Masamune murió en 1626, obligado por el shogun a renegar de los cristianos a quienes había protegido, y a ejecutarlos.

El barco, el *Date Maru*, fue reconstruido en 1993 siguiendo las descripciones de la época y las medidas contenidas en ellas. Hoy se encuentra en un parque temático en Ishinomaki, cerca de donde fue construido originalmente. Allí aguantó, casi incólume, el brutal terremoto de 2011 (el más potente sufrido en Japón) y el subsiguiente tsunami, y se lo ha utilizado como símbolo de la reconstrucción de la ciudad.

Curtidoiros

En el término municipal de Santiago de Compostela, como en buena parte del resto de Galicia, hay numerosos ríos y arroyos. Uno de ellos, el Sarela, movió en su día 14 molinos y llenó numerosas pilas de agua; algunas, como las del Muíño da Perilla, fueron usadas para curtir cueros. Hay muchas otras antiguas curtidurías (*curtidoiros*) en el resto del territorio gallego; buena parte de ellas están en ruinas, tan abandonadas como el oficio para el cual nacieron.

Cuenta Xaquín Lorenzo en *Os oficios* (Vigo: Galaxia, 1995) que el proceso de curtido de un cuero era largo y complicado. Tomaba cerca de un año obtener un producto de buena calidad.

El curtidor o *coireiro* compraba las pieles a aquellos que se dedicaban a comerciar con ellas. Podían adquirirse saladas o simplemente secadas al sol. En uno u otro caso, el tratamiento que recibían era el mismo, y constaba de dos partes. La primera tenía lugar en el *lavadeiro*; la segunda, en la *mudanza*.

El *lavadeiro* constaba de una o dos series de *pías* o pilas hechas con losas de piedra, de alrededor de 2 x 3 m de lado y 1,5-2 m de profundidad. En una de ellas se ponían los cueros en remojo en agua limpia, para que se disolviese la sal en aquellos que llegaban salados y se ablandasen todos hasta adquirir la consistencia que tenían cuando los animales habían sido despellejados. Los salados (que, por el hecho de estarlo, conservaban cierta humedad) tenían que permanecer 4-8 días en remojo; los otros, entre 15 y 20.

A continuación era preciso despojar a los cueros del pelo, para lo cual, como paso previo, se los metía en el *caleiro*, una pila con agua en la que se echaba cal apagada, y donde se sumergían los pellejos de 2 a 4 meses. Durante ese tiempo se les daban varios *levantes*:

con un gancho de hierro se alzaban las pieles, se sacaban del agua, se doblaban y se colocaban a un lado en una plataforma de madera, mientras con unos mazos de madera llamados *planchas* se raspaba el fondo de la cubeta de piedra para remover la cal que se había ido depositando allí. Luego los cueros volvían a hundirse en el *caleiro*, poniéndoles unos palos encima para mantenerlos sumergidos.

En ese baño de cal las pieles perdían parte del pelo. De allí salían para ser lavadas con agua limpia y peladas a mano: se las estiraba sobre una *táboa de pelar* (una tabla de madera con la superficie convexa y sostenida por un caballete que la mantenía inclinada) con la flor (cara del pelo) hacia afuera, y se las raspaba con un *coitelo de pelar*, un cuchillo curvo y de dos mangos que no tenía filo pero que permitía abrir los poros y hacer que el pelo se cayese de raíz. Así tratadas, volvían a lavarse en agua limpia; el pelo que el pellejo había perdido se juntaba y se vendía como abono, para echarlo en las tierras de cultivo y dejar que se pudriera allí.

Pelados y lavados, los cueros se descarnaban, usando para ello una tabla similar a la de pelar y los *coitelos de escarnar*, un poco más estrechos que los de pelar, rectos y con filo. Con esta operación se les quitaba a las pieles la carne muerta que pudieran conservar adherida.

A continuación los pellejos pasan a la *canina* para quitarles la cal que pudiese haberles quedado impregnada durante su periodo en el *caleiro*. La *canina* era excremento de perro (o, más raramente, de gallinas o palomas) que se disolvía en el agua de una pila en la que se introducían las pieles; el ácido láctico de la solución se combinaba con la cal y limpiaba los cueros. Estos se dejaban en remojo entre quince días (en verano) y un mes (en invierno). La *canina* se compraba a mujeres que se dedicaban a recoger la basura de gallineros y palomares, o por la calle.

Tras eso las pieles se volvían a lavar con agua limpia y se *labraban* con *coitelos de labrar*, sobre una tabla. Se les raspaba el pelo que hubiera quedado en la flor, y los posibles

restos de cal. Seguidamente se *aprimaban*, para lo cual se empleaban la correspondiente tabla y el cuchillo de rigor, que contaba con dos filos y dos mangos. Con la *aprima* se desprendía de los pellejos, en forma de virutas, la carne que les hubiese quedado pegada en la cara interna, llamada *carnez*. Además se les iba dando el mismo grosor, eliminando irregularidades.

La carne que se quitaba al descarnar el cuero se llamaba *carneza basta*; se secaba al sol, se recogía en atados y se vendía como abono o como materia prima para las fábricas de gelatina. La que se obtenía durante la *aprima* era la *carneza fina*; esta se hacía caer en marcos de madera de forma rectangular de donde, al secarse, salían bloques que se vendían para hacer cola de carpintero.

En una etapa posterior las pieles volvían a la *canina* y luego se les daba otra *labra*. Terminaban así los trabajos del *lavadeiro*, y los cueros pasaban entonces a otras dependencias para los trabajos de *mudanza*, que comenzaban por el *granéu*: un baño en pilas de agua con tanino.

Para obtener el tanino se compraba corteza de roble o de encina y, después de seca, se trituraba en un molino especial, similar al molino de aceite, accionado por una bestia de carga. La corteza molida se echaba a la pila (llamada *tinalla*), y a continuación se ponían dentro los cueros abiertos, uno encima del otro, y por encima dos palos para mantenerlos hundidos. Allí se los tenía dos semanas, levantándolos tres veces por día para remover el agua. Pasaban luego por cuatro *tinallas* más, en donde se iba aumentando la cantidad de corteza y, por ende, la concentración de tanino. Entre pila y pila se los *esparraaba*: se los colocaba sobre una tabla y se los raspaba con un cuchillo especial, de filo romo, para eliminar los residuos del tanino que se les iban adhiriendo en la superficie y que podían impedir que el agua penetrase en ellos.

Los restos de corteza molida se dejaban secar y se vendían en sacos como combustible.

Tras salir de la última *tinalla*, los cueros se engrasaban: se extendían con la flor cara arriba sobre la mesa de engrasar, y allí se frotaban con trapos empapados en *saín*, aceite de sardina. Luego se volteaban para frotar el carnaz, esta vez con borras de sardina prensadas. Se dejaban sobre esa mesa un día y luego se los llevaba al secadero, una dependencia alta y bien ventilada (las paredes eran de tablas un poco separadas para dejar pasar el aire), provista de palos de los cuales se colgaban los pellejos doblados por la mitad.

Una vez secas, las pieles se *mazaban*: se las enrollaba y se les daban golpes con un *mazadoiro*, un martillo de madera. Luego se las raspaba con un cuchillo filoso, y se las *remataba*, operación que implicaba limpiarlas con unos cuchillos en forma de luna. Se recortaban los pelos que les quedaban en los bordes con unas tijeras, y se les quitaban las arrugas sobre una mesa, frotándolas con una pieza de madera llamada *estira*. Finalmente se doblaban y se golpeaban nuevamente con un *mazadoiro*, pero esta vez de corcho.

Terminada esta tarea, el cuero se guardaba: ya estaba listo para vender.

El proceso de curtido artesanal que se desarrollaba en los *curtidoiros* fue sustituido por el proceso industrial, llevado a cabo con la ayuda de máquinas y con el empleo de potentes productos químicos.

Dicen los que saben que el resultado final es de mucha peor calidad.